

Las Meditaciones de Marco Aurelio: un caso ejemplar de escritura de sí

Gabriel Schutz¹

Los aforismos que componen las *Meditaciones* son el único testimonio que nos ha llegado de la filosofía estoica en sentido práctico. El título original de estos apuntes era *Tà eis heautón*, ‘Cosas para sí mismo’ o ‘A sí mismo’, lo que sugiere un cuaderno personal más que un libro escrito para ser exhibido. Estamos ante el diario íntimo del filósofo estoico y emperador de Roma, Marco Aurelio (121-180 d.C.). Sin embargo, a diferencia de la mayor parte de los diarios, aquí no encontraremos relatos de episodios cotidianos ni confesiones sentimentales explícitas. Tampoco se trata de un libro de reflexiones puramente teoréticas. Marco Aurelio se dirige “a sí mismo” para recordarse una máxima, exhortarse o reconvenirse sobre algún asunto. La intimidad del texto no revela cómo fue efectivamente la vida del emperador, sino las ideas bajo las cuales él quería regir su vida más allá de los hechos que le tocara vivir. Tomemos, por ejemplo, el pasaje que abre el Libro segundo:

Todas las mañanas recuerda repasar esta cuenta: hoy tropezaré con al menos un fisgón, con un ingrato, con un provocativo, con un doloso, con un envidioso y con un intratable, pero yo sé bien que la causa de todos estos vicios es porque estas personas ignoran el bien y el mal. Por el contrario, yo he aprendido y meditado, por una parte, que la naturaleza del bien consiste totalmente en lo honesto y la del mal en lo torpe.

No sabemos qué personajes tiene en mente Marco Aurelio cuando se refiere al ingrato o al doloso; quizá no haya tenido en mente a nadie en particular. Lo que está buscando

¹ Este texto apareció originalmente como prólogo a la edición de las *Meditaciones* publicada por Editores Mexicanos Unidos (CDMX, 2016).

aquí, como en todos los demás pasajes, es un propósito distinto: ayudarse a través de la escritura a alcanzar el gran objetivo moral de la filosofía estoica, la imperturbabilidad del alma. Eso exige prepararse desde la mañana, anticipar los escenarios, examinarlos de antemano para que no lo tomen a uno por sorpresa. Marco Aurelio razona aquí que el fisgón, el ingrato, el envidioso, todos esos caracteres que uno preferiría no encontrar, actúan de ese modo por falta de discernimiento moral. No son malvados: son simplemente ignorantes. Por lo tanto, la actitud que conviene a ellos no es el rechazo o la ira (estados mentales perturbados), sino la compasión. El texto continúa:

Por otra parte, comprendo bien que quien comete un error no deja de ser mi pariente (no necesariamente por el vínculo de compartir una misma sangre o prosapia, sino porque participamos de una misma mente y partícula o porción divina). Es por todo lo anterior que comprendo que ninguno de ellos puede perjudicarme (puesto que ninguna otra persona puede enredarme en su infamia mientras yo no lo permita) y que no he de enojarme contra quien es mi pariente, ni concebir odio contra su persona. Los hombres hemos nacido para ayudarnos mutuamente, como lo hacen los pies, las manos, los párpados, las dos filas de dientes.

A la actitud compasiva de las primeras líneas se suman otros argumentos de corte antropológico. Éstos suponen, más que un razonamiento moral, una consideración acerca de qué es el hombre y qué papel está llamado a desempeñar. El hombre comparte con el universo el hecho de tener *logos* –razón o mente divina- y esto lo vuelve inmediatamente responsable de ese don que le ha sido confiado. De ahí que se hable de un parentesco cósmico y una responsabilidad moral sobre los semejantes. Por otro lado, si se observan los organismos vivos de la naturaleza, se ve que las partes colaboran en favor del todo y eso es una indicación del modo como obra la razón cósmica. Se sigue de esto que actuar de manera racional supone ayudarnos mutuamente.

Marco Aurelio se arma, así, de distintos razonamientos para atajarse ante las posibilidades indeseables que puedan acaecer en el curso del día. Pero ¿de qué se tratan exactamente las *Meditaciones*? ¿Son invariablemente anticipaciones de escenarios hostiles o hay algo más? Las anticipaciones, en griego *proséchein* (“instalarse con antelación”) constituyen uno de los ejercicios estoicos más importantes, pero se inscriben dentro de una práctica filosófica más amplia denominada *hypomnémata*. *Hypo* quiere decir ‘bajo’ y *mnémata*, ‘memoria’: lo que está por debajo de la memoria, o mejor, *lo que sostiene la memoria*. Cada una de las meditaciones es, pues, un recordatorio. Por eso Marco Aurelio se dice a sí mismo, en el pasaje anterior: “Todas las mañanas *recuerda...*”. Pero ¿por qué un recordatorio? ¿Recordarse qué?

Contestar estas preguntas exige un esclarecimiento acerca de lo que se entendía por ética en la filosofía antigua. Independientemente de si sea cierto o no que ‘ética’ proviene de la voz griega *êthos* (carácter), es claro que para los antiguos la ética consistía en la reflexión sobre la formación del carácter y, sobre todo, en la puesta en práctica de un conjunto de ejercicios destinados a cincelar esa formación. Para Aristóteles (422-384 a.C.), anterior a los estoicos, el ejercicio de la ética debe conducir al florecimiento de todas las potencias humanas. Ese florecimiento recibe en griego el nombre de *eudaimonía* (felicidad) y cada potencia llevada a su máxima expresión es una *areté*: una excelencia del carácter. Pero alcanzar estas excelencias, lo que tradicionalmente se ha llamado virtudes morales (prudencia, valentía, justicia, templanza, generosidad, paciencia, etc.) es algo que supone un entrenamiento. Y cada persona necesita de un entrenamiento singular porque cada uno ha recibido un temperamento único, en el sentido hipocrático del término. Hipócrates (460-370 a.C.), el gran médico de la antigüedad griega, propuso su famosa teoría de los cuatro humores. Según esto, cada ser humano es una mezcla de cuatro sustancias humorales que producen cuatro temperamentos distintos: melancólico, iracundo, sanguíneo y flemático. Nadie tiene uno de los cuatro temperamentos en estado puro, todos somos mezclas, pero en cada mezcla destaca una tendencia. Hay quienes son más

melancólicos y otros que son más flemáticos. Al iracundo, por ejemplo, le será muy difícil desarrollar templanza. Éste será, entonces, uno de sus desafíos éticos. La formación de su carácter implicará desarrollar hábitos que le permitan contrarrestar su tendencia natural a la cólera (hábitos de paciencia, tolerancia, compasión, etc.); tarea nada fácil si tenemos en cuenta que la respuesta inmediata de un colérico, casi se diría su reacción compulsiva ante ciertas situaciones (en general, situaciones que él considera injustas), será, precisamente, montar en cólera. Desarrollar un hábito distinto implica que, una vez que se presente la situación y antes de que emerja la ira, el colérico pueda *recordarse* otro tipo de respuesta que no sea la cólera. Quizá, en lugar de enojarse, recuerde pensar que él también ha cometido un acto similar al que está a punto de condenar y eso lo calme a tiempo. En un caso así, aquel que se empeña en formar su carácter ha logrado darse “*a sí mismo*” un razonamiento hábil, lúcido, capaz de sustituir sus viejos hábitos (en psicología cognitiva se hablaría de condicionamientos) por una respuesta distinta. Si la suma de nuevas respuestas logra forjar un nuevo hábito, entonces el ejercicio ético estará cumpliendo la tarea de labrar un carácter moral más virtuoso.

Pero para que todo esto sea posible ha tenido que intervenir la memoria. El colérico ha logrado evitar su compulsión gracias a poder *recordarse a tiempo* un modo de pensar distinto al de su autopista mental más trillada. Éste es el motivo por el cual la memoria juega un papel tan importante en la educación del carácter y esto explica por qué los estoicos hicieron de estos recordatorios, las *hypomnématas*, su práctica fundamental. Cada *hypomnémata* es un intento deliberado de modelar los pensamientos, las creencias, los juicios de quien escribe. El recordatorio debe quedar cincelado por escrito, como si al hacerlo se sellara una inscripción en el alma del filósofo. Esto es lo que está haciendo Marco Aurelio en todos y cada uno de los pasajes que siguen. Se trata de un despliegue vivo de filosofía práctica, un auténtico testimonio (el único que se conserva) de los ejercicios morales estoicos.

Pero hay todavía una segunda razón de peso para ponerse a escribir este tipo de anotaciones. Los estoicos, la escuela filosófica inaugurada por Zenón de Citio en el s. IV

a.C y de la que Marco Aurelio fue un representante eminente, estaban conscientes de que la vida filosófica iba a contracorriente de la vida ordinaria. El razonamiento estoico más elemental, aquel que busca distinguir qué está enteramente en poder de uno y qué no, arroja la curiosa conclusión de que nada de aquello en lo que solemos afanarnos depende en último caso de nosotros. Ni el patrimonio, ni la reputación, ni los cargos laborales, ni siquiera la salud de nuestro cuerpo cae bajo nuestra entera potestad. Podemos tener influencia sobre estas cosas, pero nunca la última palabra. Por lo tanto, juzgar que esos son bienes y orientar nuestras vidas con vistas a su consecución sólo conduce a perturbarnos de diversos modos, pues afanarnos por algo que no depende de nosotros nos expone permanentemente a la frustración, la zozobra, el desengaño. Lo único que está enteramente en nuestro poder es el uso que hacemos de nuestro albedrío o, en términos de Epicteto (55-135 d.C.) —otro eminente filósofo estoico que Marco Aurelio leyó con suma atención—, “el bueno uso de las representaciones”. Las representaciones o impresiones del alma eran para estos filósofos lo que hoy podríamos llamar estados mentales. Por lo tanto, según los estoicos (lo mismo que los budistas), sólo está en nuestro entero dominio el uso de nuestra mente. Esto lleva a los estoicos a sostener que la virtud (el pleno dominio de los estados mentales) basta por sí sola para la felicidad. Un carácter moral perfecto, alguien con una mente totalmente lúcida, es decir, imperturbable, no necesita de nada externo para ser feliz. Como en la concepción budista de la mente iluminada (la mente que ha trascendido todo sufrimiento), el sabio estoico goza de una paz interior tan profunda y arraigada que no hay evento del mundo que pueda perturbarlo. No necesita nada. No rechaza nada. Aristóteles, al contrario, sostenía que la felicidad exige disponer de alguna riqueza material, alguna influencia política, tener amigos y no ser demasiado feo (!); y probablemente la mayor parte de la humanidad estaría de acuerdo con él. Pero el estoico no persigue “bienes” externos, no orienta su vida hacia el engrosamiento del patrimonio, los honores, la reputación o los placeres sensuales, sino hacia el pleno dominio de sí mismo y es precisamente por ir a contrapelo de los valores socialmente

aceptados, que el ejercicio de los recordatorios se hace aún más urgente. Sin estos recordatorios, sería imposible sobreponerse al arraigo de las creencias dominantes.

Recuerda, recuerda, recuerda. Encontraremos esta fórmula una y otra vez, no sólo en las *Meditaciones* de Marco Aurelio, sino en muchas de las fuentes estoicas y aun epicúreas. Todo el ejercicio consiste en recordarse los razonamientos fundamentales: qué es el hombre y qué función está llamado a desempeñar en el concierto del mundo, cómo funciona el cosmos (cómo todo cambia todo el tiempo y nada permanece, cómo sólo tenemos el aquí y el ahora), qué está en poder de uno y qué no. Se procura así mantener el alma libre de turbaciones.

Sobre la vida de Marco Aurelio, el Libro primero de las *Meditaciones* permite conocer un aspecto fundamental del que hemos estado hablando en términos filosóficos: la formación de su carácter. El filósofo-emperador recuerda aquí a todas las personas que contribuyeron a hacer de él quien es, pasando revista a los distintos ejemplos vivos que lo inspiraron. Lo demás se conoce a partir de otras fuentes, fundamentalmente latinas.

Marco Aurelio nació un 26 de abril del año 121, hijo de una familia acomodada que gozaba del favor del emperador Adriano. Su padre, Vero, muere cuando él cuenta con apenas tres o cuatro años y a partir de entonces queda a cargo de su abuelo. De su madre, una mujer culta, austera y piadosa, le vienen la instrucción religiosa, el filohelenismo y la inclinación hacia el pensamiento. Recibe la mejor educación que puede recibir un aristócrata romano, en su propia casa. Los estudios comprenden gramática y retórica, pero Marco Aurelio manifiesta desde temprano una fuerte preferencia por la filosofía, menos popular que las artes declamatorias entre los nobles aspirantes a cargos políticos. Sin embargo, es hacia sus veinticinco años cuando toma contacto con la filosofía estoica, de la mano de su maestro, Rústico (véase I.VII). El estoicismo había arraigado en la nobleza romana casi como una doctrina oficial y Marco Aurelio la abraza con pleno fervor. Una curiosa ironía de la historia quiere que el futuro emperador se eduque leyendo los escritos de un esclavo (liberto), Epicteto, una de las tres figuras señeras del estoicismo romano junto con Séneca (4 a.C-65 d.C.) y el propio Marco Aurelio. Pero su mayor influencia viva será, seguramente, Antonino Pío (o

Antonino Píadoso), sucesor de Adriano en el trono desde el año 138 y padre adoptivo de Marco Aurelio, a quien éste homenaja sin escatimar palabras en el largo apartado XVI del Libro primero. El compromiso nupcial entre Marco Aurelio y la hija de Antonino, Ania Galeria Faustina, terminan de sellar el destino imperial del filósofo, que asumirá el título de *Imperator Caesar Marcus Aurelius Antoninus Augustus* en 161.

Los años de Marco Aurelio al frente de Roma estuvieron llenos de acontecimientos adversos, como si la fortuna hubiera querido poner a prueba el carácter del emperador estoico. Sublevaciones, disturbios fronterizos, pestes, cataclismos (entre ellos el desbordamiento del Tíber), hambrunas. A poco de asumir el mando, el flamante emperador tuvo que enfrentar una larga guerra contra los partos y, salvo por tres años de tregua (175-178), los conflictos bélicos se sucedieron ininterrumpidamente hasta la muerte de Marco Aurelio en 180. Se le reconoce, sin embargo, haber sido uno de los emperadores de la época dorada de Roma.

Las *Meditaciones* fueron escritas durante los últimos diez años de su vida, en plena campaña militar a orillas del Danubio. Cada vez que podía, Marco Aurelio se retiraba a la tienda a escribir su diario estoico. Entonces tomaba el mando el filósofo y se hacía claro que era en ese cuaderno donde se forjaba su único auténtico poder: el poder de gobernarse a sí mismo.